

Ferrer, Christian. (2010). *Dinámica del proceso social, entre la tecnología y el desarrollo*. En: Encrucijadas, no. 49. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubasib.uba.ar>>

## Apuntes de una sociología de la técnica

### Dinámica del proceso social, entre la tecnología y el desarrollo

#### Por Christian Ferrer

Sociólogo y Ensayista. Es profesor titular del Seminario de Informática y Sociedad (Ciencias de la Comunicación) Profesor de Filosofía de la Técnica en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

*El incremento exponencial de las poblaciones urbanas ha llevado a cambiar el modo de ver a las ciudades. Ya no es posible percibir las como islas discretas, independientes, rodeadas por extensiones territoriales no urbanas sino como redes de sistemas urbanos interconectados que cubren todo el planeta. El autor reflexiona sobre las ventajas que aporta a un país tan periférico como la Argentina contar con una metrópolis de talla mundial como la Ciudad de Buenos Aires.*

La fácil accesibilidad a las tecnologías no quiere decir que su significado sea evidente por sí mismo. No hablan por sí solas -porque no son neutras-, y ciertamente proponen una pedagogía que facilita la adaptación dúctil de los seres humanos al sistema de engranajes que da forma al mundo. Pero cada tecnología arrastra, también, una historia de daños. No se hace buena sociología de la técnica si se reduce la historia de las tecnologías a la acumulación de datos sobre su procedencia genealógica. En apariencia, el “confort” y el “progreso” justifican el precio a pagar. Hasta el momento, los signos de arrepentimiento por el daño causado son escasos.

Los dioses siempre han sido necesarios en la tierra. Existieron en la era de la caza, de la agricultura y de la industria, y ahora la ciudad continúa proveyendo al mundo de mitos, cuya consistencia es mecánica antes que instintiva. Los que en otro tiempo fueron llamados Zeus o Jehová o Gran Espíritu hoy se llaman “Producción”, “Planificación” y “Técnica”. Los nombres son otros y no poseen los mismos atributos, pero son equivalentes. ¿Por qué estos dioses y no otros distintos, o bien previos, como los teogónicos? Porque sólo ellos son consustanciales a la voluntad de dominio que brota de la horma técnica del mundo. Y mientras más empeñosamente subestimemos el poder de estos dioses tanto más seremos víctimas propicias de los mismos, porque son émbolos titánicos que transforman a todos los bienes en mercancías, sin excluir el clima y el gen. La abundancia, sofisticación y utilidad de estas mercancías no son prueba de nada: hay una forma de tener razón una vez que se ha adoptado el cálculo y la dominación como sistemas de pensamiento.

La dinámica del proceso es el “desarrollo acelerado de las fuerzas de producción”. Considérese el rango de la expansión en el siglo XX: el rastreo y extracción de energía en todo el mundo, la carrera espacial, la armamentística también, la objetivación de la naturaleza y del cuerpo, la imagen de poderío y orden asociada a la máquina, la expansión de la frontera de la “civilización” en desmedro de los “recursos” naturales, la superabundancia de objetos de consumo, la producción por la producción en sí misma. Todos ellos son acuciantes de un desmadre cuyas consecuencias dañinas sólo ahora pueden ser contempladas panorámicamente en los cuatro puntos cardinales. En su

momento, los primeros signos de la contaminación de los ríos o del cambio climático no parecieron ominosos. Las alertas fueron descartadas a título de exageraciones y en función de mantener estabilizado el optimismo general. Por otra parte, las alternativas políticas y existenciales disponibles hubieran supuesto la cesación del modelo de desarrollo vigente, que es el sustrato del problema.

Todo confluye en la figura del círculo vicioso. Siendo el nivel máximo de industrialización la unidad de medida comparativa del éxito de una sociedad, entonces el poco agraciado marbete de “subdesarrollada” recaerá sobre toda Nación que sea aún periférica al centro motor del así llamado “progreso”, destinada a convertirse en satélite o en esforzada imitadora, y a acelerar sus órbitas transformacionales a fin de no perder el paso, sin importar las bajas humanas que se acumulen en el proceso. También los antropólogos del siglo XIX clasificaban a las sociedades tribales según su grado de distanciamiento de los países evolucionados, es decir los europeos, retrocediendo entonces, de cultura en cultura, desde las democracias industriales de la actualidad hacia los reinos del antiguo régimen, hacia los imperios de la antigüedad, hacia las jefaturas zonales, hacia los clanes tribales, hacia la horda originaria, hacia el mismísimo día en que el mono se hominizó. Pero nunca hubo épocas mejores en el pasado así como nunca las habrá en el futuro, a menos que se cambie el parámetro de la felicidad, es decir el modo de soportar el presente.

Hasta este momento, el análisis de la matriz técnica del mundo ha sido traído a colación mayormente en aras de movilizar políticas laicas y desarrollistas, que no excluyen la ritual recomendación de aplicar apósitos a fin de suavizar los daños colaterales. Y si bien es cierto que las condenas arrojadas sobre los aspectos desalmados del mundo fabril fueron habituales desde la mitad del siglo XIX y que socialistas de todos los colores descollaron en la denuncia de las “lacras” del sistema capitalista, raramente las figuras del trabajo, del “productor” y del expolio de la naturaleza en beneficio del “progreso” fueron raídas hasta la osamenta, salvo en lo que respecta a su estatuto de propiedad o a su momentánea inhumanidad. La postal del futuro siempre se pareció a una sociedad industrial justa, armónica y algo automática. En eso coincidieron las ideologías predominantes a lo largo de los siglos XIX y XX.

Si se pudiera imaginar un vínculo más hospitalario entre técnica y desarrollo, diferiría de la demanda de estatización de fábricas y oficinas o de actualización de conocimientos científico-tecnológicos o de desarrollo nacional acelerado. El destino de las tecnologías no se resuelve en su “buen uso” o su “mal uso”, o en la usura que a ellas podrían extraerle regímenes “capitalistas”, “socialistas” o “nacionalistas”.

La matriz técnica es un régimen de poder en sí mismo y los usuarios de la misma no conciben otra posibilidad ni tampoco se fugan porque la máquina es un principio de orden que los satisface en tanto y en cuanto ella misma es emblema de una voluntad de poder que dimana de la idea de energía, un poder que es “voluntad de voluntad”, es decir que se impulsa a sí mismo. Ese es un principio rector de comprensión del mundo.

Cuando las consecuencias de los desastres ecológicos se vuelven evidentes e ineludibles, a políticos y tecnócratas no se les ocurre otra solución que no sea, en sí misma, técnica. Por ejemplo, se extinguen los animales de una región por causa de los desmontes de bosques, y en lugar de buscarse y erradicarse las causas del arrasamiento de la vida animal se anuncia que sería factible clonar el último ejemplar aún vivo de una especie para que pueda ser visitado en un zoológico por los niños escolares. O bien, se construyen edificios de fachadas vidriadas por razones estéticas, pero los veranos, cada

vez más tórridos, hacen imprescindible refrigerar los ambientes doblemente caloríferos por causa de la acción del clima y del vidrio en sí mismo. Pero he aquí que los aparatos de aire acondicionado emiten gases que aumentan el tamaño del “agujero de ozono”, promoviéndose entonces el calentamiento global del planeta, cuyo paliativo vienen a ser más aparatos de “aire acondicionado”. Es forzoso que la supervivencia de toda tecnología esté asociada al tipo de sociedad en la que “entra en juego”, y aunque una técnica específica haya sido inventada para “mejorar” a la humanidad, la inserción institucional de la misma acaba imponiéndole mandatos ajenos a la voluntad o falta de voluntad del descubridor.

La fácil accesibilidad a las tecnologías no quiere decir que su significado sea evidente por sí mismo. No hablan por sí solas, porque no son neutras, y ciertamente proponen una pedagogía que facilita la adaptación dúctil de los seres humanos al sistema de engranajes que da forma al mundo. Pero cada tecnología arrastra, también, una historia de daños. No se hace buena sociología de la técnica si se reduce la historia de las tecnologías a la acumulación de datos sobre su procedencia genealógica. La nuestra es una de las primeras generaciones que está traspasando al porvenir problemas no fácilmente solubles: la contaminación de ríos, lagos y mares; el cambio climático; los desechos radioactivos; etcétera; cuestiones que hace apenas veinte o treinta años eran desestimadas a título de alarmismo ideológico y que hoy son la cruz de la época. En apariencia, el “confort” y el “progreso” justifican el precio a pagar. Eso parece lógico, pero quienes pagan el costo son los que están al final de la fila. Nosotros padecemos los errores de nuestros antepasados y quienes vengan más adelante padecerán los nuestros. Hasta el momento, los signos de arrepentimiento por el daño causado son escasos, y por eso mismo se siguen entregando poderes inmensos a autoridades y a expertos que combinan destrezas tecnológicas muy sofisticadas con principios religiosos y morales pobrísimos.